

LA CRISIS CONTINUA DE LA ECONOMÍA JAPONESA¹

Makoto Itoh*

1. El cambio dialéctico desde el número uno al peor de la clase

Hasta finales de la década de 1980, la economía japonesa atraía la atención de todo el mundo por su fortaleza y su estabilidad relativa. Se recuperó dos veces de la dañina destrucción causada por las conmociones petroleras de 1973-75 y 1979-83, y fue capaz de mantener una tasa de crecimiento (3,9% en 1974-90) más alta que en la mayoría de las economías desarrolladas, si bien su tasa de crecimiento declinó a menos de la mitad de la experimentada durante el cuarto de siglo precedente. Nótese que el estilo japonés de gestión empresarial, con su empleo de por vida, su sistema salarial indiciado en función de la antigüedad, y sus sindicatos de empresa fueron suficientes para asegurar la lealtad de los trabajadores hacia sus empresas, y reforzar con éxito la capacidad competitiva en el contexto mundial, a pesar de una importante apreciación del yen, hasta hacer posible el mantenimiento del excedente comercial. En 1987, la renta nacional per cápita japonesa superó a la de los EEUU, generando así la imagen de “Japón como un número uno” mundial.

Inesperadamente, la economía japonesa se deterioró gravemente en la década de 1990. Su tasa de crecimiento bajó a casi un 1% de media, e incluso por debajo de cero en algunos años, por lo que se considera los noventa como la década perdida de la economía japonesa. Esta década perdida aún no ha terminado, como lo demuestra el crecimiento de -0,5% en 2001, y la preocupación generalizada ante las posibilidades de alcanzar siquiera el muy modesto objetivo fijado por el gobierno para 2002 (0,2 %). La economía japonesa se ha vuelto la peor de todas las de los paí-

* Makoto Itoh es Catedrático de Economía en la Kokugakuin University, Tokio, y Profesor Emérito de la Universidad de Tokio. Nacido en Tokio en 1936, ha enseñado en distintas universidades extranjeras y es autor, entre otros, de los libros: *The Japanese Economy Reconsidered* (2000), *Political Economy of Money and Finance* (1999), *Political Economy for Socialism* (1995), y *The Basic Theory of Capitalism* (1988).

¹ Traducción de Diego Guerrero. Este artículo se escribió originalmente para la Revista de Economía Crítica, así como para la italiana Rivista d'Economia Politica.

ses desarrollados en cuanto a sus resultados macroeconómicos.

En la historia larga del capitalismo, los pasos dialécticos del éxito al fracaso, o desde la prosperidad a la crisis y la depresión autodestructivas se han repetido a menudo bajo diversas formas en diferentes periodos. K. Marx demostró teóricamente, en *El capital*, esta naturaleza paradójica del desarrollo capitalista como algo intrínseco. El grave deterioro de la economía japonesa en los noventa fue también el resultado de una reestructuración triunfante del capitalismo japonés hasta los ochenta. Sobre la base de una cooperación real de los trabajadores y los sindicatos, las grandes empresas japonesas aumentaron de forma continua su poder competitivo en el Mercado mundial por medio de la introducción de tecnologías de la información cada vez más complejas, y de sistemas automáticos en la producción, mediante un número creciente de trabajadores irregulares más baratos, tanto a tiempo parcial como con otros tipos de segmentación. De forma que los salarios reales japoneses se estancaron a partir de mediados de los setenta. La mayoría de las grandes empresas japonesas fue capaz de liquidar su deuda bancaria y tendió a acumular reservas propias de capital dinerario excedentario y ocioso sin los correspondientes proyectos de inversión en capital real. Incrementaron también su acceso a la financiación directa en los mercados de capital, tanto interiores como extranjeros, con el objeto de obtener capital monetario mediante la emisión de acciones, bonos convertibles y otros títulos. Los bancos japoneses tradicionalmente dependían de una alta tasa relativa de ahorro de los hogares (más de un 20% en los 1980s, según la Encuesta de las Familias de la Oficina del Primer Ministro) y la empleaban en forma de préstamos a las grandes empresas. Al perder los bancos esta segura y tradicional clientela de prestatarios entre las grandes empresas, tuvieron que dirigirse a nuevos ámbitos de negocio y prestar dinero a las pymes y a los consumidores, especialmente para financiación de viviendas, agencias inmobiliarias y empresas constructoras.

Poco después de los acuerdos Plaza de 1985 para reducir los tipos de interés y estimular la demanda interna -al objeto de suavizar las tensiones comerciales con los EEUU y la sobreapreciación del dólar-, el capital dinerario acumulado y ocioso de las grandes empresas japonesas se dirigió hacia el comercio especulativo en activos inmobiliarios y en la Bolsa de Tokio. Los bancos japoneses y otras instituciones financieras movilizaron también, de forma directa e indirecta, su flexible capacidad de préstamo hacia la especulación inmobiliaria y accionarial. Así se infló, desde 1986 hasta finales de los ochenta, una enorme burbuja en ambos mercados japoneses, que luego se hundieron al principio de los noventa. El valor total de los activos evaporados por pérdidas de capital tanto en el mercado inmobiliario como en el de capitales era, a mediados de los noventa, de 1000 billones de yenes, es decir, 2,4 veces el PIB. Esta cuantía es increíblemente grande y destructiva incluso si la comparamos con las pérdidas de capital durante la Gran Depresión posterior a 1929 en los EEUU (1,9 veces el PIB).

2. Un círculo vicioso en la economía japonesa

Como la prosperidad económica japonesa hacia finales de los ochenta dependía en gran medida de la remontada de la burbuja que estaba expandiendo la demanda de consumo y de inversión, la explosión de la misma deprimió la demanda efectiva como consecuencia de la evaporación de los valores de los activos. El índice Nikkei de una media de 225 títulos, por ejemplo, bajó desde un máximo de 38.915 yenes a finales de 1989 hasta unos 15.000 ya en la segunda mitad de 1992, con una pérdida de 430 billones de yenes de capital, y tendió a deslizarse aun más a la baja, en medio de subidas y bajadas, hasta los 8.300 yen actuales. El precio de la tierra y otros activos inmobiliarios también bajó de forma persistente, hasta la mitad o la tercera parte del pico anterior.

Una desaparición tan duradera y gigantesca de los valores de los activos golpeó a los bancos y el resto de las instituciones financieras de Japón. Como éstos prestaron una gran cantidad de dinero para la especulación con activos inmobiliarios y acciones, tuvieron que sufrir una subida continua de hipotecas “malas” y préstamos fallidos, con bajas expectativas de devolución, como consecuencia del hundimiento de los activos. Además, el acuerdo de 1987 del Banco Internacional de Pagos de Basilea exigía que los bancos de negocio internacional mantuvieran sus ratios de recursos propios sobre activos totales por encima del 8% después de abril de 1993. Al firmarse el acuerdo, los bancos japoneses creían que esta regla podía alcanzarse hasta el punto de poder contabilizar hasta un 45% de las ganancias latentes de capital en el precio de las acciones (exceso en el precio efectivo de las acciones sobre el valor contable en el momento de la compra) como recursos propios. Sin embargo, dicha regla se hizo de hecho cada vez más difícil de cumplir, al ir desapareciendo las ganancias latentes de capital de los bancos, e incluso llegar a hacerse luego negativas.

Para estimular la demanda interna y mitigar las dificultades bancarias, el Banco de Japón redujo poco a poco el tipo de interés oficial, desde el 6% en 1990 hasta el 1,75% en 1993, y luego hasta el entonces récord histórico del 0,5% a partir de septiembre de 1995, y finalmente hasta el 0,1% desde septiembre de 2001. Era, sin embargo, difícil que los bancos aprovecharan unas condiciones tan buenas para endeudarse con el Banco de Japón y expandir realmente sus préstamos, debido a que su propio capital se estaba reduciendo de forma continua. Los bancos tuvieron que reducir los activos totales en forma de créditos para cumplir la normativa del BIS. Temían también aumentar el volumen de préstamos “malos” mediante nuevos créditos, y se inclinaron por rechazar bastante a menudo la renovación de los préstamos de sus clientes empresariales. Como los clientes principales de los bancos japoneses habían pasado a ser las pymes y las empresas inmobiliarias y constructoras, las dificultades continuas de los bancos y la correspondiente restricción en el crédito bancario generaron una presión depresiva muy severa sobre estas empresas. De forma que el número de quiebras anuales estuvo siempre por encima de las 14000 en 1992-95, y aumentó a 19000 en 2000.

Como más de dos tercios de los trabajadores japoneses están empleados en

las pymes, la presión depresiva sobre estas empresas, al causar tantas quiebras, fue una fuente fundamental de deterioro del mercado de trabajo y de aumento del desempleo. Además, el número absoluto de empleados de la industria japonesa comenzó a caer después de 1992, al acelerar las empresas su multinacionalización y desplazar sus fábricas hacia los países asiáticos vecinos y otros países. Así, la tasa de desempleo subió desde un 2% en 1990 a un 3% en 1994, a más de un 4% en 1998, y a un 5,7% (3.750.000) en marzo de 2002. Teniendo en cuenta que la definición de desempleo en Japón es muy restrictiva, se suele decir que las estadísticas oficiales japonesas de desempleo deben multiplicarse por dos al compararlas con los datos de desempleo de los países occidentales desarrollados. Hecho eso, el nivel de la tasa japonesa de desempleo se coloca entre las peores del conjunto de los países europeos más deprimidos. La renta familiar de los trabajadores se ha hundido bajo la presión del creciente desempleo, los recortes en las prestaciones y en los pagos por horas extraordinarias, y los más bajos salarios de los más numerosos trabajadores a tiempo parcial.

No puede sorprender, por tanto, que la demanda de consumo doméstico haya bajado de forma continua durante los noventa y después. La demanda de inversión se estancó también bajo la fuerte presión de la capacidad productiva no utilizada. De forma que los malos préstamos de los bancos japoneses no se han podido liquidar, sino que han dado paso a una espiral deflacionista de la economía. El montante estimado de préstamos incobrables era de unos 42-56 billones de yenes en 1992 según el *Financial Times*; 76 billones de yenes (el 12% del total de créditos bancarios) en 1998, según el Ministerio de Hacienda; y todavía sube a 43 billones este año. Algunos especialistas temen que la cuantía de este año esté infravalorada, y los 100 billones de yenes sea una cifra más cercana a la realidad. El proceso de fusiones para crear mega-bancos no ha servido para resolver la dificultad financiera fundamental de la economía japonesa.

Ha habido un aparente círculo vicioso entre las dificultades bancarias con sus préstamos incobrables y el hundimiento de sus recursos propios, las dificultades de las empresas con el recorte de créditos para las pyme, el deterioro del empleo y la renta de los trabajadores, la demanda de consumo deprimida y la deflación de los valores de los activos inmobiliarios y de las acciones.

3. Políticas económicas confusas.

El gobierno actual de Japón, dirigido por el primer ministro J. Koizumi, accedió al poder en mayo de 2001. La postura básica del gabinete Koizumi continúa con el neoliberalismo desarrollado desde los ochenta, encaminado a eliminar las restricciones públicas y los controles burocráticos, sobre la base de una creencia en la solidez del funcionamiento de los principios de mercados competitivos. Por ejemplo, Koizumi declara que es necesario privatizar el sistema de Correos, tras la privatización, en 1985, de las tres grandes empresas públicas: ferrocarriles, teléfonos y telégrafos, y tabaco. Al tomar posesión, su gabinete pro-

metió reducir el montante de emisiones de nueva deuda estatal (bonos) a 30 billones de yenes en 2002, y solucionar el problema de los préstamos bancarios incobrables en dos o tres años, a la expectativa de una recuperación económica liderada por los EEUU.

Estas políticas no se basan en un análisis suficiente del círculo vicioso de la economía japonesa. Se deja completamente de lado que el propio inflado y explosión de esta enorme burbuja está íntimamente relacionado con la privatización neoliberal, la desregulación del mercado financiero y la reestructuración del mercado de trabajo individualista, dirigidas a reformar toda la sociedad en forma de un orden más centrado en las empresas y una mayor desigualdad económica entre la gente. Desde el punto de vista neoliberal, el gobierno no se preocupa mucho de los factores importantes, que han hecho tan difícil la recuperación económica japonesa, como el tendencioso tirar piedras sobre el propio tejado de su industria que supone aumentar la presión competitiva procedente de los países asiáticos vecinos, y la deprimida demanda de consumo ligada a la reducción de la renta familiar de los trabajadores y la creciente inestabilidad de su vida económica. Mientras el mundo de los negocios y la gente en general en Japón temen por su futuro inestable dentro de una espiral deflacionaria depresiva, los activos financieros acumulados por los hogares, que ascienden a 1400 billones de yenes, es difícil que se conviertan en demanda efectiva y salgan de la trampa de liquidez en la que se han visto atrapados (por usar una terminología keynesiana).

Las políticas neoliberales también eran incoherentes. Para reducir el déficit presupuestario del Estado, el gobierno tendió a aumentar la carga de la gente en general por medio de un impuesto sobre el consumo del 3% en 1989, que elevó al 5% en 1987. Al insistir en la responsabilidad individual y en los principios de mercado, cortó las ayudas públicas a la educación y los servicios médicos. Las pensiones se consideraron adecuadas para convertirse en un sistema tipo 401K (a la estadounidense), de seguros privados o de títulos de inversión con responsabilidad personal. Por otro lado, las empresas capitalistas y los bancos fueron los primeros en rechazar las políticas económicas de emergencia, como las inversiones públicas para la construcción de autopistas y centros públicos, dirigidas a mitigar las dificultades de las empresas constructoras y la caída en el precio de la tierra. El total del gasto público destinado a la recuperación económica entre 1992 y 2000 ascendió a 120 billones de yenes, sin contar la inyección de dinero público hacia los bancos, por otros 30 billones desde 1998. Mientras tanto, el impuesto de sociedades se redujo gradualmente del 42% al 30%, y el tipo marginal del impuesto sobre la renta, desde el 75% al 37% para los ricos, junto a una reducción substancial del tipo impositivo sobre sucesiones. De forma que las rentas impositivas tenían difícil recuperarse en el contexto de un proceso continuado de depresión. Como consecuencia de todo esto, y en contra del objetivo neoliberal de reducir el déficit público, la deuda viva en bonos del Estado japonés aumentó rápidamente desde 70,5 billones de yenes en 1980 a 166 billones en 1990, y 389 billones en 2001. La deuda pública total, incluida la de las corporaciones locales, alcanzó los 666 billones de yenes (134% del PIB) a finales de 2001.

Es paradójico ver cómo, desde los ochenta, se ejecutó de facto una política keynesiana de déficit fiscal a gran escala bajo gobiernos neoliberales. Sin embargo, sus efectos no son sencillos. Podría argumentarse que, a pesar del daño provocado al colapsar una burbuja de tal tamaño, se ha evitado hasta ahora una aguda y desastrosa crisis económica con sólo un aumento gradual en el desempleo, debido a esa política fiscal combinada con unos tipos de interés oficiales extremadamente bajos y una operación de rescate de bancos gigantes que incluyó una inyección de dinero público. Se habría conseguido evitar así, hasta ahora, una potencial gran crisis global con origen en Japón. Por otra parte, la espiral deflacionaria y depresiva se ha prolongado tanto en lugar de una crisis aguda seguida de una recuperación en forma de rebote (en forma de V). Claro que la enorme cantidad de gasto público no fue muy eficaz a la hora de tirar de la demanda efectiva y conseguir la recuperación económica correspondiente. La construcción de autopistas, por ejemplo, no sirvió ya para vender más automóviles en Japón y sólo tuvo un efecto limitado sobre el empleo local que usa sofisticada maquinaria pesada de construcción, aunque sin duda suavizó las dificultades de las empresas constructoras y los bancos ligados a ellas.

El plan del ministro de Hacienda, Sr. H. Takenaka, para acelerar la solución de los préstamos bancarios incobrables cortando en seco estos préstamos este año significó en realidad que era inevitable un aumento de las quiebras de empresas y del desempleo, y un empeoramiento de la actividad empresarial y la depresión. Por consiguiente, se enfrentó a una gran resistencia y rechazo por parte tanto del mundo empresarial como del propio partido del gobierno (PDL), de forma que tuvo que ser suavizado. Al mismo tiempo, Koizumi no está siendo capaz de mantener su promesa pública de limitar el montante de nuevas emisiones de bonos de deuda pública a los 30 billones de yenes y solucionar el problema de los préstamos bancarios incobrables en dos o tres años. Su gabinete empieza a perder legitimidad y apoyos incluso dentro del partido gubernamental y el mundo empresarial, ya que sus políticas económicas no sólo son ineficaces sino que realmente empeoran bastante la depresión, al igual que la política contractiva en 1997 del gabinete Hashimoto, basada en el aumento del impuesto sobre el consumo.

Lo que es una tragedia en el Japón actual es, sin embargo, la ausencia de un fuerte partido político de oposición, que represente los intereses de clase de los trabajadores y sea capaz de criticar claramente estas políticas gubernamentales y de corregirlas de forma efectiva, salvo un Partido comunista todavía pequeño y un Partido Socialdemócrata muy debilitado (el antiguo Partido Socialista). La cooperación internacional con, y la influencia de, la izquierda europea actual son deseables y necesarias para la sociedad y los trabajadores japoneses con vistas a un futuro mejor.